

El nuevo mejor amigo

Escrito por: Pingüino

*Una historia basada en hechos reales, desde la perspectiva del afectado.

Hay veces en las que me acuesto sobre el adoquinado para ver el cielo estrellado y hay otras en las que me siento invisible, inexistente. Le he preguntado a la vida, mil y una veces, ¿qué habré hecho mal? ¿Realmente existe la bondad en la humanidad?

Mi rutina diaria consiste en levantarme temprano y, el resto del tiempo, se lo dedico a buscar comida en lo que quede de la incierta tarde. Hay veces en las que me tomo un descanso. Caminar grandes distancias ha causado achaques en mis articulaciones.

Creo que toda mi vida ha sido así, o será que... no, realmente no lo recuerdo... Todas mis memorias, mis tristes memorias, han sido vividas en esta jungla urbana en la que, un día puedes gozar de las maravillas de la vida y, en otros, experimentar en carne propia un infierno terrenal.

Uno de los recuerdos más fuertes que poseo es la vez cuando probé una de las carnes más sabrosas, deleitables y exquisitas, que mi paladar jamás haya probado antes... Nada más y nada menos que pollo frito. Algunas personas podrían pensar que lo que probé era basura pero cuando uno tiene hambre es capaz de hurgar entre los restos de ciertos restaurantes.

No sé cuánto más podré soportar estar pereciendo en este lugar, en este callejón donde, la gente que pasa, prefiere cruzar por la acera de enfrente. Solo puedo sentir a mi cuerpo languidecer, pues ni siquiera puedo verlo yo mismo por las energías que ahora poseo. En un principio sentía como si mil sanguijuelas me estuvieran devorando al mismo tiempo. Ahora ya ni siquiera las siento...

“¡Dios mío!, pero cuánto tiempo has de llevar en este estado”- exclamó una sombra con parencia a un ente negro, de nebuloso aspecto. Solo le quedó dejarse llevar por aquello, sin oponer fuerza alguna.

“¿Dígame, se recuperará?”- preguntó un chico castaño, de tez morena y cuya mirada era la más inocente de la Tierra.

“Siendo sincero no puedo asegurarle nada”- dijo el veterinario.

Afortunadamente, con el pasar de los días, mis heridas fueron sanando, el tiraje de mis costillas era cada vez menos notorio y por fin lograron quitarme a los parásitos que se alimentaban de mi sangre. Han pasado tantas cosas asombrosas con mi nuevo mejor

amigo. Ese alguien de entre tantas personas que pasaron y que, solo él, se detuvo junto a mí y tuvo compasión de mi triste estado moribundo. Ahora, he ido a unas grandes praderas y he vivido la verdadera libertad. Cuando se pone el ocaso en el horizonte y comienza a recorrer un viento fresco en la ciudad, estoy atento para que, al más mínimo ruido, corra directo hasta la puerta porque sé que él ya llegó a casa.

Hay veces en las que pienso qué sería del mundo si todas las personas fueran como él y ayudaran a mis colegas desamparados, tristes y desahuciados. Las criaturas que habitan en la urbanidad no lo hacen por gusto. Ellos solo necesitan una familia para ser felices.